

no anda con más cuidado. Por ejemplo los muebles, no los despache desde acá.

—¿Y cómo voy a hacer?

—Si usted los despacha por la compañía de mudanzas de acá, en seguida lo va a saber todo el mundo. Mande los muebles de acá a lo de su hija en Charlone, y de ahí a Cosquín. Y para todo tome las mismas precauciones.

—*a Juan Carlos no me lo quitéis* ¿Qué más precauciones?

—Todo. Así nadie se entera que usted está allá con mi hermano. Usted tiene que comprender que para nuestra familia es una vergüenza. *te la dije*

—*no, vergüenza es robar* Si Dios le mandó esa enfermedad a su hermano fue la voluntad de Dios, no gana nada con tener vergüenza,

—¿Pero me promete hacer eso con los muebles y con la escritura de la casa? Tiene que dar para todos los trámites la dirección de su hija en Charlone. ¿Me lo promete?

—Se lo prometo. *y vos que te andás subiendo al auto de los viajantes, enana ¿qué derecho tenés a hablarme en ese tono?*

DECIMOTERCERA ENTREGA

...las horas que pasan ya no vuelven más.

ALFREDO LE PERA

Era una tarde de otoño. En esa calle de Buenos Aires los árboles crecían inclinados. ¿Por qué? Altas casas de departamentos de ambos lados de la acera ocultaban los rayos del sol, y las ramas se tendían oblicuas, como suplicando, hacia el centro de la calzada... buscando la luz. Mabel iba a tomar el té a casa de una amiga, elevó su mirada a las copas añosas, vio que los troncos fuertes se inclinaban, se humillaban.

Tal vez un vago presagio asió su garganta con guante de seda, Mabel entre sus brazos estrechó un ramo de rosas y aspiró el dulce perfume, ¿por qué de repente pensaba que el otoño había llegado a la ciudad para nunca más dejarla? El frente del edificio de departamentos le pareció lujoso, mas la ausencia de una alfombra en la entrada la tranquilizó: el edificio donde ella muy pronto habría de vivir contaba en cambio con ese elemento decisivo para definir la categoría de una casa. Aunque el ascensor tenía espejo, sí, y examinó su maquillaje a través del fino velo del tocado en fieltro negro con garnitura de racimos de guindas, confeccionadas en papel celofán. Por último emparejó la pelambre de las colas de zorto colocadas en torno a su cuello.

Tercer piso, departamento "B", con peinado alto y tanta sombra en los ojos su amiga Nené le pareció algo avejentada al abrir la puerta.

—¡Mabel, el gusto de verte! —y se dieron dos besos en cada mejilla.

—¡Nené! ¡ay, qué angelito de Dios, ya caminando este tesoro! —besaba al niño y descubrió más allá en un corralito al hijo menor de su amiga— ¡y el chiquito qué carita!

—No... Mabel... no son nada lindos ¿no te parece que son feúchos? —habló sinceramente la madre.

—No, son ricos, tan gordos, tan ñatitos ¿qué tiempo tiene el más chico?

—El bichito tiene ocho meses, y el grandulón un año y medio pasados... pero por suerte son varoncitos ¿no?, no importa tanto que no sean lindos... —Nené se sintió pobre, no tenía para mostrar más que dos niños poco agraciados.

—Che, pero qué seguiditos son... no perdiste el tiempo ¿eh?

—Ay, vos sabés que yo tenía miedo que se te fueran los días sin poder visitarme ¿cómo van los preparativos?

—Mirá, lo que se dice enloquecida ¡y eso que ni me caso de largo ni hacemos fiesta! ... Tenés muy linda la casa —la voz de Mabel se escuchaba encrespada por la hipocresía.

—¿Te parece?

—¿Cómo no me va a gustar?, ni bien vuelva de la luna de miel tenés que venir a verme el nidito, eso sí, muy muy chiquito el departamento mío.

—Será un chiche —replicó Nené colocando en un florero las fragantes rosas, a las cuales admiró— ¡a que te olvidaste de traerme la foto de tu novio?

Ambas pensaron en el rostro perfecto de Juan Carlos y evitaron durante algunos segundos mirarse en los ojos.

—No, para qué, es un petiso mal hecho...

—Me muero por conocerlo, por algo te casarás con él, viva. Será un hombre muy interesante. Mostrame la foto del petiso... —antes de terminar la última frase Nené ya estaba arrepentida de haberla pronunciado.

—Son cómodos éstos sillones ¿no, querido, las medias no me toques!

—¡Luisito! mirá que te doy un chas-chas... quieto ahí

que ahora te voy a dar una masita —y Nené se dirigió a la cocina para calentar el agua del té.

—Vos sos Luisito ¿y tu hermanito cómo se llama? —sonrió Mabel al niño buscando en su fisonomía algún parecido decisivo con el marido de Nené.

—Mabel, vení que te muestro la casa.

Al encontrarse las dos en la cocina no pudieron evitar la irrupción de los recuerdos. Tantas tardes pasadas en aquella otra cocina de Nené, mientras afuera soplaba el aire polvoriento de la pampa.

—¿Sabés Nené una cosa? me gustaría un mate, como en los viejos tiempos... ¿cuánto tiempo hará que no tomamos un mate juntas?

—Añazos, Mabel. Más o menos de la época que salí Reina de la Primavera... y estamos en abril del 41...

Ambas callaron.

—Nené, dicen que todo tiempo pasado fue mejor. ¿Y no es la verdad?

Callaron nuevamente. Las dos encontraron para ese interrogante una respuesta. La misma: sí, el pasado había sido mejor porque entonces ambas creían en el amor. Al silencio siguió el silencio. La luz mortecina del atardecer entraba por la claraboya y teñía las paredes de violeta. Mabel no era la dueña de casa, pero no soportando más la melancolía, sin pedir permiso encendió la lamparita que pendía del techo. E inquirió:

—¿Sos feliz?

Nené sintió que un contrincante más astuto la había atacado de sorpresa. No sabía qué responder, iba a decir "no puedo quejarme", o "siempre hay un pero", o "sí, tengo estos dos hijitos", mas prefirió encogerse de hombros y sonreír enigmáticamente.

—Se ve que sos feliz, tenés una familia que no cualquiera...

—Sí, no puedo quejarme. Lo que yo querría es un de-

partamento más grande para tomar una sirvienta con cama, pero para hacerla dormir en el living es más lío que otra cosa. ¿Pero vos sabés el trabajo que me dan estos chicos? Ahora que se viene el invierno y empiezan con los resfríos... —Nené prefirió callar sus otras quejas: que no conocía ningún club nocturno, que no había nunca subido a un avión, que las caricias de su marido para ella no eran... caricias.

—Pero si son tan sanitos... ¿Salís mucho?

—No, ¿adónde voy a ir con estos dos que están siempre llorando? o se hacen pis o caca. Tené hijos, vas a ver lo que es.

—Si no los tuvieras los desearías, no te quejes —adujo Mabel engañosa, pues tampoco para ella era deseable esa vida rutinaria de madre y esposa ¿pero era acaso preferible quedarse soltera en un pueblo y continuar siendo el blanco de la maledicencia?

—Y vos, contame de vos... ¿querés tener muchos chicos?

—Con Gustavo hemos hecho el trato de no tener chicos hasta que él se reciba. Le faltan pocas materias pero nunca las da, también él...

—¿Qué era lo que estudiaba?

—Doctorado en Ciencias Económicas.

Nené pensó en cuánto más importante que un martillero público sería un doctor en ciencias económicas.

—Contame algo de Vallejos, Mabel.

—Y, noticias frescas no tengo ninguna, si hace más de un mes que estoy en Buenos Aires, con estos preparativos.

—¿Juan Carlos sigue en Córdoba? —Nené sintió que el rubor teñía sus mejillas.

—Sí, parece que está mejor. —Mabel miró la llama azul de la hornalla a gas.

—¿Y Celina?

—Más o menos, che. Para qué hablar de eso, ya te podés imaginar. Tomó un camino malo, sabés que meterse con los viajantes es fatal. ¿No escuchás ninguna novela a la tarde?

—No, ¿hay alguna linda?

—¡Divina! a las cinco ¿no la escuchás?

—No, nunca. —Nené recordó que su amiga siempre había descubierto antes que ella cuáles eran la mejor película, la mejor actriz, el mejor galán, la mejor radionovela, ¿por qué se dejaba siempre ganar?

—Yo me perdí muchos episodios pero cuando puedo la escucho.

—Qué lástima, hoy te la perdés también. —Nené deseaba hablar largamente con Mabel, recordar ¿se animaría a sacar nuevamente el tema de Juan Carlos?

—¿No tenés radio?

—Sí, pero son más de las cinco.

—No, que son las cinco menos diez.

—Entonces la podemos escuchar, si querés. —Nené recordó que como dueña de casa debía agasajar a la visita.

—¡Sí, regio! ¿no te enojás? Lo mismo podemos seguir charlando.

—Sí, lo más bien ¿cómo se llama la obra?

—*El capitán herido*, ya faltan cuatro días para terminar, y para el mes que viene anuncian *La promesa olvidada*. ¿Querés que te la cuente desde que empezó?

—Sí, pero después no te olvidés de contarme de la Ra-ba. ¿Cómo anda?

—Lo más bien. Bueno, te cuento cómo es el principio porque si no ya van a ser las cinco y no vas a entender nada, y después seguro que la vas a seguir escuchando.

—Pero apurate.

—Mirá, es durante la guerra del catorce, un capitán del ejército francés, un muchacho joven, de familia muy aristocrática, que por ahí por la frontera con Alemania cae herido, y cuando recobra el conocimiento en la trinchera está al lado de un soldado alemán muerto, y oye que el lugar ha caído en manos de los alemanes, entonces le saca el uniforme al muerto y se hace pasar por alemán. Y es que toda esa re-

gión de Francia ha caído en manos de los alemanes y marchan hacia una de las aldeas de por ahí, y pasan por una granja, y piden comida. El granjero es un campesino bruto y cerrado, pero la mujer es una mujer muy hermosa, que les da todo a los alemanes con tal de que sigan camino, pero por ahí lo ve a él, y lo reconoce. Resulta que ella había sido una chica de una aldea cerca del castillo en que vivía el muchacho, y cuando él recién empezaba su carrera militar y venía de descanso al castillo siempre se encontraba con ella en los bosques, que era su verdadero amor de juventud.

—¿Pero qué clase de chica era ella? ¿era seria o era de hacer programas?

—Bueno, ella se había enamorado de él desde chica, cuando se escapaba del castillo para ir a bañarse al arroyo y juntaban flores, y de más grande seguramente ella se le entregó.

—Entonces que se embrome. Si se entregó.

—No, en el fondo él la quiere de veras, pero como es una aldeana, él se ha dejado llevar por la familia que quieren hacer un casamiento de conveniencia con otra noble. Pero Nené ¿no íbamos a tomar mate?

—Ay, con la charla me olvidé, ahora ya está listo el té ¿quierés mate? ¿Y él a la noble la quiere o no?

—Y... es una chica jovencita que también está enamoradísima de él, y de tipo muy fino, a él le tiene que gustar. Tomamos el té, dejá...

—Pero de verdad puede querer a una sola.

Mabel prefirió no responder. Nené encendió la radio, sino a través del velo de las apariencias logró ver el corazón de Nené. No cabía duda: si ésta creía imposible amar a más de un hombre era porque al marido no había logrado amarlo, pues a Juan Carlos sí lo había amado.

—Y él vuelve con ella por la conveniencia.

—No, él la quiere a su modo, pero de veras, Nené.

—¿Cómo a su modo?

—Sí, pero para él primero está la patria, es un capitán muy condecorado. Y después vino una parte que el cuñado de ella, un traidor ¿me entendés? el hermano del marido bruto, que es un espía de los alemanes, viene a la granja y descubre al muchacho escondido en el granero que se ve obligado a matar al espía y lo entierra a la noche en la huerta, y el perro no ladra porque la chica le ha enseñado a quearlo al prisionero.

«—LR7 de Buenos Aires, su emisora amiga... presenta... El Radioteatro de la Tarde...»

—Mientras sirvo el té... que los chicos tienen hambre. —Sí, pero tenés que escuchar, dejame que la pongo más fuerte.

Una melodía ejecutada en violín desgranó sus primeras notas. En seguida el volumen de la música decreció y dio paso a una modulada voz de narrador: «Aquella fría madrugada de invierno Pierre divisó desde su escondite en lo alto del granero, el fuego cruzado de los primeros disparos. Ambos ejércitos se enfrentaban a pocos kilómetros de la granja. Si tan sólo pudiera acudir en ayuda de los suyos, pensó. Inesperadamente se oyeron ruidos en el granero, Pierre permaneció inmóvil en su cubil de heno.

»—Pierre, soy yo, no temas...

»—Marie... tan temprano.

»—Pierre, no temas...

»—Mí único temor es el de estar soñando, despertar y no verte más... allí... recortada en el marco de esa puerta, detrás tuyo el aire rosado del alba...»

—Mabel, no me digas que hay algo más hermoso que estar enamorada.

—¡Chst!

«—Pierre... ¿tienes frío? La campaña está cubierta de un rocío glacial, pero podemos hablar con calma, él ha ido al pueblo.

»-¿Por qué tan temprano? ¿acaso no va siempre a mediodía?

»-Es que teme no poder ir más tarde, si la batalla se extiende. Por eso he venido a cambiarte la venda ahora.

»-Marie, déjame mirarte... Tienes los ojos extraños ¿acaso has estado llorando?

»-Qué cosas dices, Pierre. No tengo tiempo para llorar.

»-¿Y si lo tuvieras?

»-Si lo tuviera... lloraría en silencio.

»-Como lo acabas de hacer hoy.

»-Pierre, déjame cambiarte la venda, así, eso es, que pueda quitarte el lienzo embebido en hierbas, veremos si esta burda medicina de campaña te ha hecho bien.

»Marie procedió a quitar la venda que envolvía el pecho de su amado. Así como en los campos de Francia se libraba una batalla, también en el corazón de Marie pugnan dos fuerzas contrarias: ante todo quería encontrar la herida cicatrizada, como feliz conclusión de sus cuidados, aunque desconfiaba del poder curativo de esas pobres hierbas campestres; mas si la herida estaba curada... Pierre abandonaría el lugar, se alejaría y tal vez para siempre.

»-Cuántas vueltas a tu pecho ha dado este vendaje ¿sientes dolor, mientras te lo quito?

»-No, Marie, tú no puedes hacerme daño, eres demasiado dulce para ello.

»-¿Qué tonterías dices! Todavía recuerdo tus chillidos el día que te lavé la herida.

»-Marie... de tus labios en cambio nunca he oído quejas. Dime ¿qué sentirías si yo muriese en la batalla?

»-Pierre, no hables así, mis manos tiemblan y te puedo dañar... Tan sólo me resta quitarte el lienzo embebido en hierbas. No te muevas.

»Y ante los ojos de Marie estaba, sin vendas, la decisión del Destino.»

Tras una cadenciosa y moderna cortina musical se oyó

un anuncio comercial, correspondiente a cremas dentífricas de higiénica y duradera acción.

-¿Te gusta, Nené?

-Sí, la novela es linda, pero ella no trabaja del todo bien. -Nené temió elogiar la labor de la intérprete, recordaba que a Mabel no le gustaban las actrices argentinas.

-Pero si es buenísima, a mí me gusta -replicó Mabel recordando que Nené nunca había sabido juzgar sobre cine, teatro y radio.

-¿Ella se le entregó a él por primera vez en el granero o ya antes cuando era soltera?

-¡Nené, antes! ¿no ves que es un amor de muchos años?

-Claro, ella no puede hacerse ilusiones con él porque ya se le entregó, porque yo pensé que si no se le había entregado antes cuando eran jovencitos, y en el granero él estaba herido y no podía suceder nada, entonces él volvería a ella con más ganas.

-Eso no tiene nada que ver, si la quiere la quiere...

-¿Vos estás segura? ¿Cómo tendría que hacer ella para que él volviese a buscarla después de la guerra?

-Eso depende del hombre, si es un caballero de palabra o no... Callate que ya empieza.

«Ante sus ojos estaba, sin vendas, escrito su destino. Marie vio con alegría, con estupor, con pena... que la herida había cicatrizado. El ungüento había surtido efecto, y la robusta naturaleza de Pierre había hecho el resto. Pero si Marie lo decidía... esa cicatriz podía volver a abrirse, tan sólo le bastaba hundir levemente sus uñas en la piel nueva y tierna, todavía transparente, que unía ambas márgenes de la profunda herida.

»-Marie, dime, ¿estoy curado?... ¿por qué no respondes?

»-Pierre...

»-Sí, dímelo ya ¿puedo ir a unirme a mis tropas?

»-Pierre... puedes partir, la herida se ha cerrado.

»-¡Partiré! he de luchar con los míos, después regresaré y si es preciso lucharé cuerpo a cuerpo con él... para libertarte.

»-No, eso nunca, él es brutal, una fiera vil, capaz de atacar por la espalda.»

-Mabel ¿por qué se casó ella con ese marido tan malo? quedarse soltera y sola.

-¿Era una chica huérfana?

-Aunque tuviera los padres, ella querría formar su hogar ¿no? y dejame escuchar.

«-¿Cómo puedes estar tan seguro de que has de volver?»

Tras una cadenciosa y moderna cortina melódica se oyó el anuncio comercial, correspondiente a un jabón de tocador fabricado por la misma firma anunciadora de la crema dentífrica ya elogiada.

-Te mato, Nené, no me dejaste entender, no... te digo en broma ¡yo me como ese cañoncito de crema! me voy a poner como un barril.

-¿Y la Raba? ¿cómo anda?

-Lo más bien, no quiso volver a trabajar a casa, a mí ni me miró más, después de todo lo que hice por ella...

-¿Y de qué vive?

-Lava para afuera, en el rancho de ella, con la tía. Y al vecino se le murió la mujer, que es un quintero con terreno propio, y ellas le cocinan y le cuidan los hijos, se defienden. Pero es una desgraciada la Raba, esa gente más hacés por ellos peor es...

El relator describió a continuación el estado de las tropas francesas. Estaban sitiadas, poco a poco se debilitarían. Si Pierre llegaba a ellas no haría más que engrosar el número de muertos. Pero el astuto capitán concibió una manobra extremadamente osada: vestiría el uniforme del enemigo y sembraría la confusión entre las líneas alemanas. Marie entretanto se enfrentaba con su marido.

-¿Vos serías capaz de un sacrificio así, Mabel?

-No sé, yo creo que le hubiese abierto la herida, así él no volvía a pelear.

-Claro que si él se daba cuenta la empezaba a odiar para siempre. Hay veces que una está entre la espada y la pared ¿no?

-Mirá, Nené, yo creo que todo está escrito, soy fatalista, te podés romper la cabeza pensando y planeando cosas y después todo te sale al revés.

-¿Te parece? Yo creo que una tiene que jugarse el todo por el todo, aunque sea una vez en la vida. Me arrepentiré siempre de no haber sabido jugarme.

-¿Qué, Nené? ¿de casarte con un enfermo?

-¿Por qué decís eso? ¿por qué sacás ese tema si yo estaba hablando de otra, cosa?

-No te enojés, Nené, ¿pero quién iba a pensar que Juan Carlos terminaría así?

-¿Ahora se cuida más?

-Estás loca. Se pasa la vida buscando mujeres. Lo que yo no me explico es cómo ellas no tienen miedo de contagiarse.

-Y... algunas no sabrán. Como Juan Carlos es tan lindo...

-Porque son todas unas viciosas.

-¿Qué querés decir?

-Vos tendrías que saber.

-¿Qué cosa? -Nené presintió que un abismo pronto se abriría a pocos pasos de allí, el vértigo la hizo tambalear.

-Nada, se ve que vos...

-Ay, Mabel, ¿qué querés decir?

-Vos no tuviste con Juan Carlos... bueno, lo que sabés.

-Sos terrible, Mabel, me vas a hacer poner colorada, claro que no hubo nada. Pero que yo lo quería no te lo niego, como novio quiero decir.

-Che, no te pongas así, qué nerviosa sos.

—Pero vos me querías decir algo. —El vértigo la dominaba, quería saber qué había en lo hondo de aquellas profundidades abismales.

—Y, que las mujeres parece que cuando tienen algo con Juan Carlos ya no lo quieren dejar más.

—Es que él es muy buen mozo, Mabel. Y muy comprador.

—Ay, vos no querés entender.

«—Si las tropas francesas avanzan, conviene que nos vayamos de aquí, mujer. Y más rápido con esos atados de he- no y esas hormas de queso. Cada día estás más torpe, y hasta tiembles de miedo, ¡tonta de capirote!

»—¿Hacia dónde iremos?

»—A casa de mi hermano, no comprendo por qué no ha vuelto por aquí.

»—No, a casa de él, no.

»—No me contradigas, o te descargaré esta mano sobre el rostro, que ya sabes cuán pesada es.»

—¿Pero ésta se deja pegar? ¡qué estúpida!

—Y... Mabel, lo hará por los hijos ¿tiene hijos?

—Creo que sí. Yo lo mato al que se anime a pegarme.

—Qué porquería son los hombres, Mabel...

—No todos, querida.

—Los hombres que pegan, quiero decir.

El relator se despidió de los oyentes hasta el día siguiente, después de interrumpir la escena llena de violentas amenazas entre Marie y su esposo. Siguió la cortina musical y por último otro elogio conjunto a la pasta dentífrica y al jabón ya aludidos.

—Pero, che Mabel ¿qué es lo que yo no quiero entender que vos decís de Juan Carlos? —Nené seguía jugando con su propia destrucción.

—Que las mujeres no lo querían dejar,... por las cosas que pasan en la cama.

—Pero, Mabel, yo no estoy de acuerdo. Las mujeres se enamoran de él porque es muy buen mozo. Eso de la cama,

como decís vos, no. Porque hablando la verdad, una vez que se apaga la luz no se ve si el marido es lindo o no, son todos iguales.

—¿Todos iguales? Nené, vos no sabés entonces que no hay dos iguales. —Nené pensó en el Dr. Aschero y en su marido, no pudo establecer comparaciones, los momentos de lujuria con el odiado médico habían sido fugaces y minados por las incomodidades.

—Mabel, vos qué sabés, una chica soltera...

—Ay, Nené, todas mis compañeras de cuando pupila ya están casadas, y con ellas m'hijita tenemos confianza total y me cuentan todo.

—Pero vos qué sabés de Juan Carlos, no sabés nada.

—Nené ¿vos no sabés la fama que tenía Juan Carlos?

—¿Qué fama?

Mabel hizo un movimiento soez con sus manos indicando una distancia horizontal de aproximadamente treinta centímetros.

—¡Mabel! me hacés poner colorada de veras —y Nené sintió todos sus temores violentamente confirmados. Temores que abrigaba desde su noche de bodas, ¡hubiese pagado por olvidar el ruin ademán que acababa de ver!

—Y eso parece que tiene mucha importancia, Nené, para que una mujer sea feliz.

—A mí me dijo mi marido que no.

—A lo mejor te hizo el cuento... Sonsa, te estoy cambiando, no es eso lo que me contaron de Juan Carlos, eso te lo dije para cacharte no más. Lo que me contaron fue otra cosa.

—¿Qué cosa?

—Perdoname Nené, pero cuando me lo contaron juré que nunca, pero nunca, lo iba a decir a nadie. Así que no te puedo contar, perdoname.

—Mabel, eso está muy mal. Ya que empezaste terminá. Mabel miraba en otra dirección.

—Perdoname, pero cuando hago un juramento lo respeto. Mabel dividía en dos una masa con el tenedor, Nené vio que el tenedor era un tridente, de la frente de Mabel creían los dos cuernos del diablo y debajo de la mesa la cola sinuosa se enroscaba a una pata de la silla. Nené hizo un esfuerzo y sorbió un trago de té: la visión literalmente diabólica se desvaneció y la dueña de casa concibió repentinamente una forma de devolver en parte a su amiga los golpes asestados durante la reunión y mirándola fijo en los ojos, sorpresivamente preguntó:

—Mabel ¿estás realmente enamorada de tu novio?

Mabel titubeó, los breves segundos que tardó en replicar traicionaron su juego, la comedia de la felicidad estaba terminada. Nené con profunda satisfacción comprobó que se hablaban de farsante a farsante.

—Nené... qué preguntita...

—Ya sé que lo querés, pero de tonta una a veces pregunta cosas.

—Claro que lo quiero —mas no era así. Mabel pensó que con el tiempo tal vez aprendería a quererlo ¿pero y si las caricias de su novio no lograban hacerle olvidar las caricias de otros hombres? ¿cómo serían las caricias de su novio? para eso debía esperar hasta la noche de bodas, porque conocerlas antes implicaba demasiados riesgos. Los hombres...

—Vos Nené ¿lo querés más ahora a tu marido que cuando eran novios?

El té, sin azúcar. Las masas, con crema. Nené dijo que gustaba de los boleros y de los cantantes centroamericanos que estaban introduciéndolos. Mabel hizo oír su aprobación. Nené agregó que la entusiasmaban, le parecían letras escritas para todas las mujeres y a la vez para cada una de ellas en particular. Mabel afirmó que eso sucedía porque los boleros decían muchas verdades.

A las siete de la tarde Mabel debió partir. Sintió irse sin ver al marido de su amiga —retenido en la oficina por nego-

cios— y por lo tanto sin apreciar cuánto lo habían desfigurado los muchos kilos adquiridos. Nené inspeccionó el mantel de la mesa, tan difícil de lavar y planchar, y lo halló limpio, sin mancha alguna. Después examinó los sillones de raso, tampoco se habían manchado, y procedió inmediatamente a colocarles sus respectivas fundas.

Mabel salió a la calle, ya había caído la noche. Como lo había planeado aprovecharía ese rato libre antes de cenar para ver las vidrieras de un importante bazar situado en el barrio de Nené, y comparar precios. Mabel reflexionó, siempre había sido tan organizada, nunca había perdido el tiempo ¿y acaso qué había logrado con tanto cálculo y tanta presión? Tal vez habría sido mejor dejarse llevar por un impulso, tal vez cualquier hombre que se le cruzaba por esa calle podría brindarle más felicidad que su dudoso novio. ¿Y si tomaba un tren con rumbo a Córdoba? en las sierras estaba quien la amó una vez, haciéndola vibrar cual ninguno. En esa calle de Buenos Aires los árboles crecían inclinados, tanto por el día como por la noche. Qué inútil humillación, era de noche, no había sol ¿por qué inclinarse? ¿habían olvidado esos árboles toda dignidad y amor propio?

Nené por su parte terminó de colocar las fundas a los sillones y levantó la mesa. Al doblar el mantel descubrió que una chispa del cigarrillo de Mabel, la única fumadora, había agujereado la tela.

—¡Qué descuidada y egoísta! —musitó para sí Nené, y hubiese querido revolcarse, proferir un alarido desgarrador, pero delante de sus dos niños sólo pudo llevarse las manos a los oídos para acallar la voz obsesionante de Mabel Sáenz: “...y eso parece que tiene mucha importancia, Nené ¿vos no sabías la fama que tenía Juan Carlos? ...sonsa, te estoy cachando. Lo que me contaron fue otra cosa... pero cuando me lo contaron juré... juré... juré que nunca nunca se lo iba a decir a nadie. Y eso otro te lo dije para cacharte nomás, Nené. LO QUE ME CONTARON FUE OTRA COSA”.

-Nené mandó el pésame, pero yo no te lo mostré, para que no te acordaras de esas cosas de antes.

-Así que se acordó, pobre.

-Sí mamá, se acordó.

-Ay... si yo tuviese nietos no estaría como estoy... Al hijo me lo llevó Dios y la hija no vaya a ser que se me quede sola, si yo me muero vos sabés bien cuál va a ser mi preocupación...

-Mamá...

-Sí, mamá, mamá, tenés que ser más despierta con los muchachos, tantos que conocés y todos nada más que amigos. Coqueteales un poco.

-Y si no gustan de mí qué le voy a hacer...

-¿Y ese doctor Marengo? ¿no me dijiste que te sacaba mucho a bailar?

-Sí, pero como amigo.

-Nena, a mí me vinieron con el cuento de que te habían visto en el auto de él ¿por qué no me lo contaste?

-No, era una pavada, unos días antes de lo de Juan Carlos. Creo que lloraba, y a la salida de la novena me acompañó.

-Yo tengo ganas de conocerlo, dicen que es muy simpático.

-Sí, mamá, pero está comprometido para casarse, la novia es de Buenos Aires...

-Nena ¿por qué te ponés así?

-Es que me sacás de quicio, mamá.

-Estás muy nerviosa, una chica tan joven y tan nerviosa.

-No soy tan joven ¡y terminalala!
-Vení, nena, no te enojés conmigo... No te encierres en la pieza otra vez...

-Buenas tardes, a mí me mandan del Hostal San Roque que ¿era acá donde vivía el señor Juan Carlos Etchepare?

-Sí, ¿qué deseaba?

-¿Pero a usted yo no la conozco de alguna parte?

-No sé... ¿Usted quién es?

-La señora de Massa, y mis dos chicos.

-Usted es Nené. ¿No se acuerda de mí?

-No puede ser... Elsa Di Carlo...

-Sí, soy yo la dueña de la pensión. ¿Se van a quedar unos días en Cosquín?

-No sabemos... me parece que no... dejamos las valijas en la estación de micros.

-Yo tengo una pieza con dos camas, pero tome asiento, señora. ¿Cómo encontraron la casa?

-Me mandaron del Hostal, fui ahí y pregunté dónde era que había vivido Juan Carlos estos últimos años.

-Mire, señora, si quiere le pongo otra camita en esa pieza y pueden estar cómodos los tres ¿su marido no viene con usted?

-No, se quedó en Buenos Aires. Pero me parece que seguimos viaje a La Falda, hoy mismo ¿hay micro?

-Sí, pero se van a tener que apurar. Es dentro de media hora.

-Sí, mejor que lo tome.

-Qué ricos los nenes, veo que a usted no le falta nada en la vida ¿pero no van al colegio? ¿están por muchos días de paseo?

-Nenes, vayan un poquito al patio, que tengo que hablar con la señora.

-Usted sabrá que Juan Carlos murió en Vallejos. El se fue de acá a fines de marzo a pasar unos días con la familia, y no volvió más...

-Sí, ya sé, ya medio año que está muerto. ¿Y usted hace mucho que está acá?

-Sí, unos años, puse esta pensión y él se vino para acá. La familia le mandaba muy poco y si le alcanzaba para pagar una pensión no le alcanzaba para el tratamiento. Por eso puse pensión, pero yo no me imaginaba en la que me me-

tía. Es algo de nunca terminar el trabajo de una pensión. ...Qué raro de vacaciones en octubre, hizo bien, porque hay poca gente, y no hace ni frío ni calor.

-¿Juan Carlos se acordaba de mí?

-Sí, a veces la nombraba.

-...¿Y él a usted la quería?

-No me haga esas preguntas, Nené.

-Usted sabe que yo lo quise con toda el alma ¿no?

-Sí, pero nadie tiene derecho a preguntarme nada, yo soy una mujer que se gana el pan y no le pide nada a nadie.

Y usted es una señora casada que tiene todo, así que ya sabe. No quiero hablar de Juan Carlos, que en paz descanse.

-Yo no soy más una señora casada. Me separé de mi marido, por eso me vine para acá.

-No sabía... ¿Y por qué vino para acá?

-Juan Carlos en las cartas me contaba siempre de Cosuín, quería conocer, y hablar con alguien que me contara cosas de él.

-Estaba muy delgado, Nené. Y era siempre el mismo, siempre iba al bar, y al final a mí me dio muchos dolores de cabeza, aunque esté mal decirlo... jugaba mucho, al final era lo único que lo distraía, pero yo no sabe usted lo que tengo que cinchar acá en la pensión, tengo que estar en todas, Nené, porque si no la cocinera me gasta demasiado, y yo hago la limpieza y las compras y tengo que estar lo que se dice en todas. El único modo de que una pensión le dé un poco de ganancia es que la dueña esté en todas. Me encontrará muy avejentada ¿no es cierto?

-Y, pasaron muchos años.

-Pero cuánto lo siento lo de su marido... ¿qué pasó? ¿no me puede contar?

-Son cosas que pasan... Fue hace dos semanas, hacer poquito, por eso me vine para acá. Pero el abandono de hogar lo hizo él, así que yo no tengo por qué preocuparme.

-¿Había otra mujer de por medio?

-No, pero se dio cuenta de que entre los dos ya se había terminado todo. Ahora él está arrepentido y nos vino a despedir al tren, pero yo creo que es mejor así. Aunque los chicos pierdan unos días de clases mejor que me vine para acá porque si no me iba a dar lástima y por ahí le aflojaba de nuevo.

-¿Y los chicos? ¿no van a sufrir de no tener al padre?

-Peor es que nos vean perro y gato peleando todo el día.

-Usted sabrá lo que hace.

-Yo al único hombre que quise en mi vida fue a Juan Carlos.

-El último año, sobre todo, sufrió mucho, pobre muchacho... Yo me tenía que levantar de noche a cambiarle las sábanas empapadas de sudor, y darle una muda limpia, y a cada rato comida, le venía el hambre a cualquier hora, y después me dejaba la mitad en el plato. Pero acá la lucha más grande es con las sirvientas, porque son tan faltadoras las cordobesas, y yo sobre todo lo que necesitaba era a la lavandera porque con tanta ropa que se cambiaba y las sábanas nunca me daba abasto, Nené, y a mí me parecía no sé qué dejarle las mismas sábanas. Hubo rachas que todos los días le cambiaba las sábanas. ¿Quiere que le muestre la pieza? Él tenía su pieza aparte, con la camita turca ¿la quiere ver?

-Bueno...

-Y él la nombraba muchas veces a usted, Nené.

-¿Y a qué otra nombraba?

-A Mabel. También la nombraba mucho a ella.

-¿Sí?

-Pero no la quería nada, decía que era una egoísta. Mientras que de usted hablaba siempre bien, que fue con la única que pensó en casarse, eso se lo digo sin celos de mi parte, Nené, la vida tiene tantas vueltas ¿verdad?

-¿Y qué más decía de mí?

-Y, eso, que usted era una buena chica, y que en un momento se iba a casar con usted.

-¿Y no sabe si tenía ganas de verme, en los últimos tiempos? como amiga quiero decir...

-Y mire... la verdad es que yo me enojaba cuando él hablaba de chicas, así que muchas cosas no me las decía... Y venga a ver la pieza que ya se tiene que ir para la estación, que va a perder el micro.

-No sé si irme o quedarme...

-No, mejor es que se vaya, Nené ¡ve qué linda pieza blanca! ésa era la cama de él ¡no es cierto que mejor no remover las cosas de antes? No lo tome a mal...

-¿El se quedaba mucho en la pieza?

-Cuando estaba mal... ¡Don Teodoro, pare un poquito! ...Mire Nené, justo pasa el coche de alquiler ¡lo quiere tomar!

-Sí...

-Qué avejentada me habrá encontrado ¡verdad, Nené? -No, para todos pasan los años.

-¡Un momentito, Don!

-Chicos, vengan que es tarde.

-Es una suerte, porque acá hay tan poquitos coches de alquiler.

-Señora... yo tengo ganas de quedarme...

-No, mejor que no, Nené, yo no quiero hablar más de las cosas del pasado, me lo quiero olvidar todo lo que pasó.

-Yo quería que me contara más cosas...

-No, mire, yo estoy muy amargada ¡y para qué la voy a amargar a usted? ...Un minuto, Don Teodoro, que ya va la señora... la tiene que llevar rapidito a la estación de micros...

..."-Mientras que de usted hablaba siempre bien, que fue con la única que pensó en casarse" ... Señor que estás en el cielo, eso Tú lo has de escuchar ¡verdad que Tú no lo olvidas? "A LA FALLDA 40 KILOMETROS" sin rumbo voy ¿hacia dónde? sin rumbo... "-¿Y qué más decía de mí?... -Y, eso,

que usted era una buena chica, y que en una época se iba a casar con usted"... ¿conmigo? así es, conmigo, que solamente a él amé en la vida, "GUJE DESPACIO CURVA A 50 METROS" ¡y al corazón quién lo guía? porque sin que nada nos lo haga presentir se oirá un clarín a lo lejos, y cuando aparecen los ángeles buenos en el cielo azul, de oro los cabe-llos y los vestiditos todos de organdí "¿LO MEJOR DE CORDOBA? AGUA MINERAL LA SERRANITA" ¡lo mejor del cielo? muy pronto los ángeles me lo han de mostrar ¡adónde me llevan la tierra abajo quedó, eclipse de vida en la tierra, las almas ya vuelan hacia el sol, eclipsase el sol de repente y es negro el cielo de Dios. A lo lejos un clarín se oye ¡anunciá que quien mucho ha amado por su ser más querido no habrá de temer? ¡tineblas sin fin del espacio, y los ángeles ya junto a mí no están... "GRAPPA MARZOTTO, LA PREFERIDA EN LA ARGENTINA" ¡y yo de quién soy la preferida? ¡lo seré en la muerte si no lo fui en la vida! la gente falleció, los cuerpos tiesos de mis familiares abajo quedaron, aquel que pellizcarse quisiera para de un posible sueño despertar en vano intentaría con sus dedos de algodón o de nube la piel tocar ¡pues toda carne se volatilizó! y en nombre de este amor y por el bien de él propongo un trueque a Dios, "GUJE DESPACIO, CURVA A 70 METROS" si yo habré de salvarme antes ha de salvarse él ¡estaré cerca o distante? esas nubes de azabache entrever de-pan un cementerio blanco, creo reconocerlo... es suelo de la pampa... con florcitas silvestres que otrora recogí ¡por qué mandato extraño aquí habré llegado? ¡será este un cementerio cercano al de Vallejos? junto a una humilde tumba de pie está mi padre, se me acerca y me dice que en nombre de Juan Carlos y por mi bien me dice adiós, con un beso en la frente ya se apartó de mí y del brazo de mi madre se alejan paso a paso ¡y es cierto lo que veo? sus pasos polvo elevan, ¡los muertos recobraron su bagaje carnal? ¿dónde estoy? ¿quién soy? ¿quién fui? ¡Dios ha absuelto a mi alma de toda culpa y cargo? yo viví entre espinas herida sin saber de un